

.inside-out

ROGELIO FLORES

Contabilidad es una bonita profesión, y aunque siempre me gustó la docencia más que la contabilidad, yo ya estaba familiarizado con los negocios.



Cuéntenos un poco sobre su infancia.

Mi infancia... Yo soy hijo de campesinos; mi padre era agricultor. Compró una casa en la ciudad de Piura para que podamos ir al colegio, como habían hecho sus padres con él. En esa época no había carros, recién empezaban a llegar, se viajaba en lomo de bestia y a veces los bandoleros atacaban en el desierto.

Pasábamos todo el año en la ciudad de Piura y de vacaciones nos íbamos a la chacra para ayudar a papá en todo: ordeñar las vacas, dar de comer a los chanchos. Teníamos que levantarnos a las seis de la mañana, no había mucho descanso ni te dejaban jugar mucho al fútbol; antes era malcriar al hijo si se le dejaba jugar mucho.

¿En qué colegio estudió?

En el Salesiano de Piura. El año pasado celebré mis bodas de oro en Piura mismo; había una serie de viejitos que venían de Brasil, EE.UU., Chile, Alemania –que los ubicamos muy tarde y ya tenían compromisos adquiridos, no pudieron venir–, eso fue el 2006. El 2007 también fuimos al colegio porque cumplía 100 años, hicimos una reunión muy bonita. Había promociones de antes y después.

Algunos no te reconocen de verdad nada, hay gente que cambia bastante: yo no afortunadamente (risas). En Lima, desde hace ocho años, siempre que nos juntamos en el Club Sullana, incluso llamamos a algunos que no terminaron pero habían estudiado primaria. Un día, en las primeras reuniones, había un amigo que no habíamos visto hace mucho. Estaba gordo, y preguntó dónde estábamos; cuando le indicaron nuestra mesa dijo: “¿Esos viejos gordos y panzones son?”

¿Fue muy movido en el colegio?

Muy alegre, un poco travieso y bromista, pero siempre alegre. Una anécdota que te puedo contar fue con un cura alemán, que era muy reacio y, por supuesto, pronunciaba como alemán. No pronunciaba bien la ‘r’ y un día nos lleva a la sala de música y dice: “A ver, ustedes van a tocar este ‘aparrato’, ¿cómo se llama este aparrato?”

Yo estaba con dos amigos y cuando nos preguntó cómo se llamaba este ‘aparrato’, le dijimos ‘amónio’ (sin la ‘r’), se llamaba armonio, pero él, que tenía un oído de músico, nos escuchó y nos interrogó a los tres, ahí dijimos ‘armonio’. Por suerte solo nos tomó paso oral.

Él escogía las voces pero no hacía selección según la voz, sino que asignaba a la suerte porque sabía que los palomillas nos íbamos a burlar; así que ponía su cara –todo colorado–, nos ponía en fila, y con pronunciación extraña nos pedía el Himno Nacional. Nosotros creíamos que estaba bromeando, así que a mi amigo le dio un par de cachetadas. Imagínate la risa que nos quería dar, pero nos teníamos que aguantar.

Yo era el cuarto, comenzó de uno en uno, y yo no podía cantar: me estaba matando de risa porque había cacheteado a mis amigos. Llegó al tercero y dijo: “Un momentito, mejor por lista”, y yo dije: “uf...”

¿Cómo decidió estudiar contabilidad?

Mi papá, además de agricultor, tenía una bodega. Yo ayudaba mucho ahí, sobretodo en vacaciones. Entonces, me mandaba al banco a pagar las letras, vendía, me mandaban a comprar y él me incentivaba; me decía es una bonita profesión, y aunque siempre me gustó la docencia más que la contabilidad, yo ya estaba familiarizado con los negocios.

¿Por qué eligió a la Católica?

En ese entonces, sólo había dos universidades: Católica y San Marcos, no había más; pero en esa época en San Marcos había mucha huelga, y aunque la Católica era muy cara, mi papá no escatimó para pagar los estudios.

Para otras cosas sí era más austero: teníamos una casa grande pero con pocas cosas porque él decía: “Cuando crezcan lo van a valorar”. En nuestros estudios sí cumplió con todo; por ejemplo, nos hizo estudiar en colegios particulares. Además, como yo venía de un colegio de curas, podía complementarlo con la Católica porque era un ambiente mucho más tranquilo.

¿Fue difícil acostumbrarse a la vida en Lima?

Yo era uno de los hermanos mayores y ya tenía responsabilidades. Cuando estaba en tercero de secundaria, mi papá me mandaba a matricular a mis hermanos, entre otras obligaciones. Incluso se había mal acostumbrado porque a mis hermanos menores no les daba nada; decía que eran muy chicos, pero yo no era demasiado chico para las responsabilidades. Entonces, mi papá me dijo: “Ya regreso; quédate aquí con mis primos”, y me acomodaron en un cuarto con uno de ellos.

Como estaba con la ilusión de ir a la universidad mi papá me matriculó en una academia. Ahí conocí a un gran amigo que lo es hasta ahora. Yo era un recién bajado y él vivía en San Isidro; empezamos a conversar y se hizo mi gran amigo. Hasta ahora nunca nos hemos desvinculado, ambos nos hemos apoyado; cuando yo puse mi estudio él me ayudó con los contactos.

¿Cómo se llama?

Antonio Meier, el papá de Christian, ellos me tienen mucho cariño, me dicen tío. Su papá fue mi primer amigo, pero no vayan a poner eso (risas). Todo eso pasó en la academia, yo esperaba a mi papá que me prometió regresar a la semana siguiente, en enero, “a ver si ingresas”, me dijo. Ingresé, pero no era como ahora; tenía que mandar un telegrama diciendo que ingresé, y él me respondió “ya voy, ya voy”, y vino en noviembre, se demoró diez meses en llegar.

Yo me quedé en la academia, no conocía Lima, el primer año lo que me chocó fue el clima, pero no es que lo sintiera sino que comía demasiado, todo el día comía, yo vine con 76 kilos y

...A mi me ha invitado muchas veces a todo tipo de reuniones con mucho cariño. No tengo problemas en sentarme en una piedra o ir a una casa bonita; en ese sentido, no soy acomplejado...

en noviembre, cuando vino mi papá, estaba con 83 kilos, y ¿qué es lo que comía? Chancay de 10 centavos porque tampoco tenía plata para gastar en un pan francés. Yo lo comía y decía que estaba rico, no sabía si en verdad estaba rico o era el hambre (risas).

En el centro, había un japonés que vendía caucau, eso era en las noches; y en la mañana había una señora que vendía camotes a la vuelta de mi casa. Yo comía casi un kilo de camote diario (risas) porque tenía mucha hambre. Cuando terminé, fui a Chíncha y pensé en quedarme un par de años, pero al final me quedé diez. Ahí empecé en la docencia a nivel secundaria y luego en institutos. Por eso, sumando esos años, ya tengo casi 43 años enseñando, de los cuales 27 son en la Católica.

¿Y como contador?

Mi primer trabajo fue en una fábrica de licores en Chíncha a medio tiempo; como dictaba me dieron ese horario y de un momento a otro empecé a ganar el doble; ese fue un trabajo de responsabilidad. Luego tuve otro como asistente en Textil Marítima un año, y después otro donde había una contadora de la Católica que nos había enseñado. Después, en Piura hubo una sequía; se perdió el plátano y mi amigo

Meier tenía un cuñado en Chile que tenía chacras de manzanas. Entonces, me dijo: "Tú conoces el mercado ¿por qué no traemos manzanas?" Y empezamos a hacer negocios; trabajamos como dos años y medio. Íbamos al aeropuerto a recoger la fruta, al puerto –porque también venía por barco–: containers de durazno, melocotón, albaricoque y manzanas, pero nos falló Chile.

En el embalaje nos metieron piedras en las cajas y además las manzanas tienen que venir del mismo tamaño, eran especiales en ese sentido. Luchamos por dos años y medio, y creo que perdí un poco el tiempo, porque no ganamos mucho dinero; no nos generó mucha utilidad, así que regresé a Chíncha. En ese tiempo tenía un gran amigo que trabajaba en el Ministerio de Educación y me

convenció de que podía trabajar y estudiar a la vez; así que fui por un año y me quedé diez, y me fue bien. Fui a varias conferencias, al congreso de Puerto Rico, al congreso de Punta del Este, a Nueva York. Luego trabajé –en el tiempo del cooperativismo– en una cooperativa como contador, y en el año 76 en Justus.

Ahí estuve como contador general dos años; estaban en proceso de liquidación, así que entregamos la empresa y yo abrí mi estudio. Cuando me fui de Chíncha no quise perder lo ganado en el Estado; pedí un traslado al Tecnológico Argentina por las noches. Ahí he trabajado 17 años –casi 18– en las noches, hasta que completé mis 30 años de servicio y cesé en el año 95. Desde entonces me he dedicado más en la universidad. Yo alternaba en las mañanas y en las noches en el instituto; acá casi nunca que he dictado en las noches.

¿En todos estos años cómo considera que fue el trato con sus alumnos?

Siempre ha sido una buena relación. Yo con 27 años de docencia en la Católica he sido profesor de muchas personas conocidas y queridas; por ejemplo, Oscar Díaz, María Cadenillas, Walter Leandro, Bernardo Sánchez.

¿Recuerda alguna anécdota sobre ellos?

Ahora no recuerdo, y no quedará grabado (risas).

¿Pero eran buenos alumnos?

Sí, eran muy buenos. Siempre ha habido muy buenos alumnos, en algunas temporadas baja (risas), pero siempre se mantiene un buen nivel, porque aquí no se entra por favoritismo, ni tarjetazo, ni ayuda. Tengo entendido que si has respondido un examen y tienes cierto nivel, eso ya dice mucho.

¿Qué es lo que más lo atrae de la docencia?

La satisfacción. Por ejemplo, no sé si recuerdan al profesor Lazo, de Administración. Él asesoró a unos alumnos que formaron un restaurante turístico en Miraflores; me invitaron para la inauguración y estaba muy bonito.

Ficha Técnica

Nombre

Gilberto Rogelio Flores Hidalgo

Edad

70 años

Profesión

Contador Público Colegiado

Otros estudios

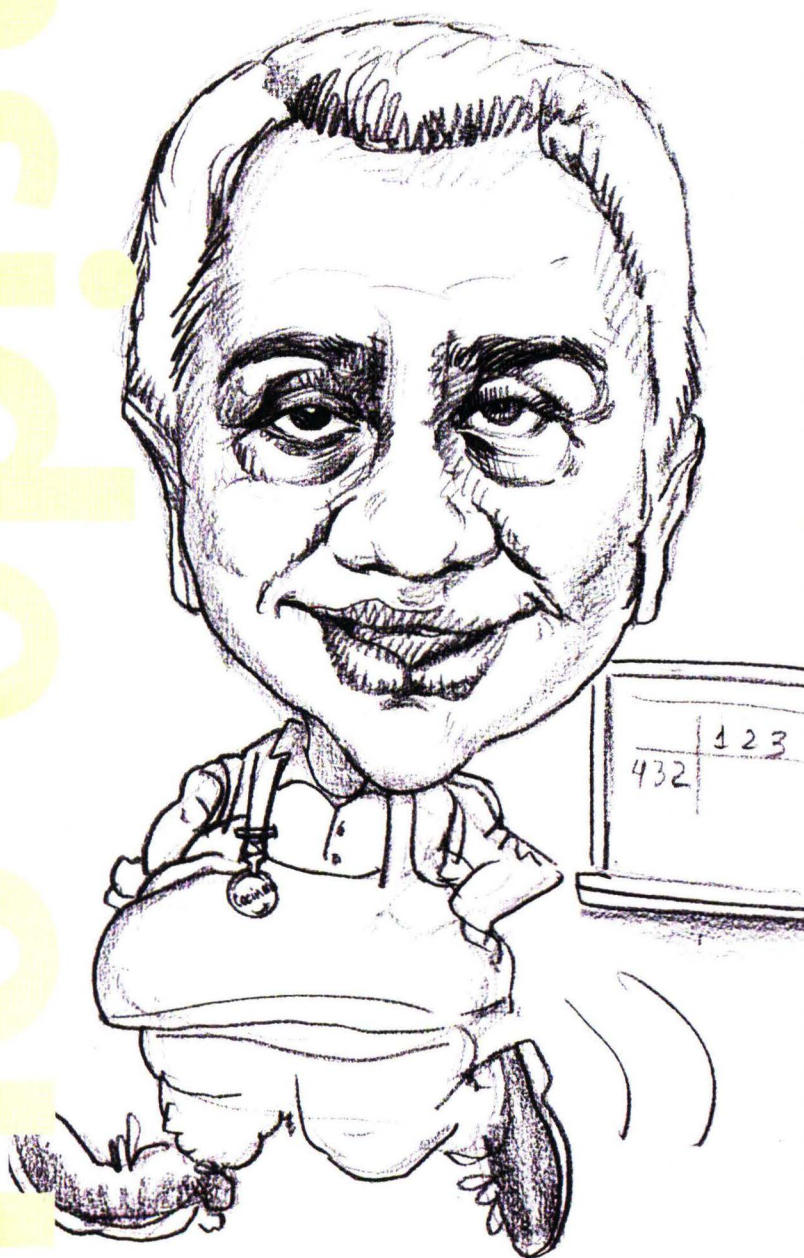
Maestría en Administración PUCP

Ahí me encontré con un chico que estaba sentado con su grupo de amigos, todos fumaban menos él, yo tampoco fumo, y yo le pregunté: "¿tú por qué no fumas?". Y me dijo: "¿No se acuerda usted? Un día estaba en la puerta del salón y yo estaba con un cigarro y usted me dijo: '¿no sabes el daño que estás haciendo?'".

De ahí yo reflexioné y no he vuelto a fumar". Eso es una satisfacción de algo pequeño que en su momento ni me acordaba. Algunas veces, cuando voy a los bancos o a la SUNAT, ya ni siquiera hago cola. Ese cariño no tiene precio; eso es lo que da más satisfacción después de tantos años, cuando hay gratitud, un saludo, un cariño.

Yendo un poco más a lo personal ¿Qué es lo que más le gusta hacer?

Me encanta mucho la música y viajar. Escucho todo tipo de música, pero la peruana y piurana me gustan mucho. También escucho música clásica, española, pero no deo escuchar mi música criolla y mis huaynos. En deportes es muy poco, porque de pequeño no lo cultivé. Como te conté, en mi casa me lo prohibían, no nos daban la oportunidad porque había que trabajar. Además, a eso se



suma que soy muy corto de vista. Yo estuve muy mal una época, incluso tuve que usar unos lentes ahumados.

A mi papá sí le gustaba ver los partidos en el estadio; íbamos varias veces, incluso yo tenía un amigo que me regalaba las entradas, pero como soy corto de vista, en el estadio me decían: "Mira qué bonita jugada", y yo ni en la tele la veía (risas). Me gusta también ir al teatro, al cine, aunque ahora no mucho porque no veo muy bien. El televisor hace meses que no lo prendo, pero la radio siempre está prendida.

¿Canta, profesor?

Ni en la ducha (risas), pero si hay un grupo, sí me animo.

Pero recuerdo que en clase cantaba sus huaynos de Huancayo...

Manuelito... (risas). Yo también he conocido Huancayo, cuando iba a los negocios de fruta en la parada conocí a mucha gente de Huancayo y nos invitaban yuyo. A mí me ha invitado muchas veces a todo tipo de reuniones con mucho cariño. No tengo problemas en sentarme en una piedra o ir a una casa bonita; en ese sentido, no soy acomplejado. Antes hacía mucha vida social, ahora hago menos. Aparte que no hay tiempo, los exámenes de grado me tienen muy ocupado. Además, ahora estoy dictando Contabilidad de Costos en Ingeniería. En Derecho también enseñé muchos años, ocho o nueve; los alumnos me tienen mucho cariño, hasta padrino me han nombrado.

Y siempre le ha gustado formar a los futuros profesionales ¿verdad? Por ejemplo, varios de nosotros dimos los primeros pasos con usted.

Tú llevaste conmigo, entonces nunca te vas a olvidar de tus primeras clases de contabilidad (risas). Es verdad, con el primer profesor de contabilidad es con el que más aprendes, es la base para toda la vida profesional

Para terminar, quisiéramos que nos dé algunos consejos, tanto profesionales como personales.

La formación de ustedes no solamente se da en los salones de clase, sino especialmente en la lectura. El profesional que no lee está muerto, al igual que el profesional que no va a conferencias.

Es vital porque siempre aprendes algo. Si dicen algunas cosas que tú sabías pero las habías olvidado, las recuerdas o te las refuerzan y amplían. Más ahora, ustedes que tienen más competitividad. Y eso no solamente pasa con ustedes, sino con todas las profesiones; el mundo está a la búsqueda de los más competentes, y para los competentes siempre hay oportunidades.

Ahora, con todo lo que se avecina, con mayor razón hay que estar preparados. La carrera de contabilidad es ahora mucho más laboriosa con todas las NIC, la parte tributaria, teoría contable, y también debe estar vinculada a la administración; no solamente su carrera. E igual les digo a ustedes, administradores. Yo los estaré observando (risas).